

Muros que hablan:

arte urbano e identidad en la frontera norte de México

Rebeca Castiñeiras Varela

Universidade da Coruña

rebeca.cvarela@udc.gal

<https://orcid.org/0009-0005-3250-2122>

CÓMO CITAR

Castiñeiras, R. (2025) Muros que hablan: arte urbano e identidad en la frontera norte de México. *Cultural-e*, 3(2), 4–10. <https://revistacultural-e.uabc.mx/index.php/revistacultural-e/article/view/47>

En la frontera norte de México, los muros son más que simples construcciones: se han convertido en espacios donde la gente expresa sus ideas y experiencias. En ciudades como Mexicali, el arte urbano aparece en calles y paredes como una forma de comunicación que refleja la vida cotidiana, la memoria y la creatividad de la comunidad. Este tipo de expresiones no surgen de manera aislada. En un contexto marcado por la movilidad constante, las diferencias culturales y los retos sociales, los murales y grafitis funcionan como un lenguaje compartido. A través de ellos se cuentan historias que muchas veces no tienen lugar en los discursos oficiales ni en los medios tradicionales.

Este artículo se acerca a estas manifestaciones en Mexicali para mostrar cómo el arte urbano no solo embellece el espacio público, sino que participa activamente en la construcción de **identidades** fronterizas atravesadas por el tránsito, la mezcla cultural y la desigualdad, y que se afirman frente a discursos que históricamente han invisibilizado a determinados grupos sociales.



Frontera: entre convergencias y desigualdades

Las fronteras no son líneas vacías; son espacios donde se encuentran culturas, memorias y personas diversas, muchas veces frente a sistemas de exclusión. Aquí, las identidades colectivas no son fijas ni homogéneas, sino que se construyen en medio de la tensión, el desplazamiento y la búsqueda constante de reconocimiento. En la frontera norte, las experiencias de movilidad, arraigo precario y contacto cultural permanente dan lugar a formas de vida híbridas, resultado de negociaciones forzadas entre lenguas, tradiciones y modos de pertenencia.

Esta dinámica de encuentros y tensiones no se desarrolla en un plano neutro, sino que está atravesada por relaciones de poder que determinan qué sujetos y qué narrativas logran hacerse presentes. Frente a la idea de una “mezcla armoniosa”, la realidad evidencia relaciones desiguales, en las que determinados cuerpos, historias o formas de expresión son sistemáticamente marginados, mientras otros buscan afirmarse desde posiciones de resistencia.

En este escenario, la identidad se convierte en un campo de disputa atravesado por jerarquías sociales, económicas y simbólicas que condicionan quién puede ocupar el espacio público y desde qué lugares se construye la visibilidad. A su vez, la experiencia migrante, el origen y la pertenencia étnica se articulan con dinámicas de desigualdad que dan lugar a vínculos territoriales frágiles pero persistentes, sostenidos por prácticas cotidianas y redes comunitarias que permiten mantener cierta continuidad cultural.

Pervivencia identitaria en territorios de tránsito

En contextos marcados por la movilidad y la presión de modelos culturales del norte, los grupos que habitan Mexicali reconfiguran sus referentes culturales y los proyectan en el espacio local. La presencia de pueblos indígenas, migrantes del sur de México y personas afrodescendientes configura un paisaje cultural diverso (figura 1). Esa continuidad se sostiene en tradiciones, prácticas cotidianas y formas de organización comunitaria que actualizan, más que reproducir, los vínculos con el lugar de origen.

Figura 1. *Wise two, Tres emigrantes like the three kings, 2019-2020. Centro histórico, Mexicali.*



Fuente: Proyecto realizado en el marco del programa Ciudad Mural Mexicali, con el apoyo de Comex, IMACUM y el Ayuntamiento de Mexicali: <https://acortar.link/9toF9Z>

Nota: "Tres figuras que representan la belleza negra y el poder como forma de resistencia. Dos de ellas portan una antigua máscara africana, mientras que la figura central celebra la fusión de influencias asiáticas y africanas presentes en la ciudad de Mexicali. En conjunto, los elementos refuerzan una lectura de la diversidad cultural como rasgo constitutivo de la identidad urbana fronteriza, marcada por trayectorias migrantes y aspiraciones de tránsito hacia 'el otro lado'" (Ciudad Mural, 2020)

Desde esta perspectiva, el arte urbano se convierte en un canal para la recuperación de memorias, rostros y símbolos, no desde una mirada nostálgica, sino como una forma de afirmar una identidad propia frente a dinámicas que tienden a homogeneizar o borrar la diferencia cultural en el espacio fronterizo (figura 2).

Figura 2. Muo, *Levanta la mirada, alza la voz, 2019-2020. Centro histórico, Mexicali*



Fuente: Intervención realizada en el marco del programa Ciudad Mural Mexicali. Fotografía de la autora (2024)

Nota: Retrato mural de una niña cucapá, pueblo indígena despojado de sus tierras por modelos económicos extractivistas. La imagen de la niña, con mirada firme, recuerda que la identidad fronteriza también incluye memorias indígenas que resisten al olvido y a la explotación.

Arte urbano como gesto político

Esta afirmación identitaria no se limita al plano simbólico, sino que implica una intervención directa en el espacio público y en las dinámicas que regulan su uso y visibilidad. Los muros de la ciudad son espacios disputados: controlados por mensajes comerciales o institucionales, pero

también susceptibles de ser apropiados por discursos que emergen desde abajo, procedentes de sectores históricamente excluidos de la representación pública. El arte que se despliega en las calles irrumpe en estos lugares y propone otras formas de ver y entender la realidad. Las intervenciones pueden surgir de iniciativas individuales, proyectos colectivos o encargos procedentes de la administración, y cada modalidad condiciona sus alcances, los públicos a los que se dirige y los modos de circulación.

En la frontera norte, el arte urbano se convierte también en un espacio de reivindicación identitaria para mujeres, personas migrantes y disidencias sexuales, cuyos cuerpos y experiencias han sido históricamente excluidos de la representación pública y de los relatos oficiales sobre la ciudad.

Esta dimensión política y simbólica se materializa en los propios temas que ocupan los muros. Murales, grafitis y **esténciles** se multiplican en Mexicali, visibilizando temas como migración (figura 3), violencia de género, discriminación racial o represión estatal. Lo hacen desde el lenguaje de los barrios, conectando con la gente que habita en esos espacios y no solo con públicos especializados.

Esténcil

Técnica de dibujo en donde se emplea plantillas sobre una superficie para generar un grabado o un grafiti.

Figura 3. Eustolio Pardo et alii, América para los americanos, 2022-2023. Muro fronterizo, Mexicali



Fuente: Fotografía de la autora (2024)

Nota: Intervención realizada en el marco de las actividades comunitarias de la Casa de Artes y Oficios La Joyita, un espacio autogestionado que sostiene sus proyectos a través de talleres, actividades formativas y acciones colectivas en el territorio. Este mural interpela directamente el discurso excluyente que ha marcado la historia de la frontera. Las figuras humanas, en movimiento, desafían la idea de pertenencia impuesta desde el poder.

Intervenir un muro es disputar el derecho a nombrar, a existir y a recordar. Cada obra se vuelve un mensaje abierto, una conversación silenciosa entre quien pinta y quien observa. En contextos donde el acceso a medios o espacios institucionales es limitado, la calle se convierte en el escenario principal de expresión. Así, cada mural pintado por una joven migrante, cada frase escrita por una voz trans, cada rostro indígena en una pared representa una afirmación identitaria frente a un entorno que tiende a negar su existencia.

Juventud y expresión

Estas dinámicas cobran especial relevancia entre las juventudes, cuya participación en el arte urbano de la frontera ha sido clave como forma de expresión identitaria. En medio de contextos marcados por el **adultocentrismo**, la criminalización y la precariedad económica, encuentran en el arte una vía para nombrar su experiencia, construir redes y expresar códigos propios.

Adultocentrismo

Tendencia o idea de priorizar las perspectivas de las personas adultas sobre las de las juventudes e infancias.

De este modo, las prácticas artísticas no se limitan a representar identidades ya existentes, sino que participan activamente en su construcción a través del cuerpo, la estética y la ocupación simbólica del espacio público. En el caso de las juventudes, el arte urbano se integra en las maneras concretas de vestir, de expresarse, de habitar la calle y de relacionarse con el entorno urbano.

La elección de colores, tipografías, personajes o mensajes se vincula a gestos cotidianos, jergas compartidas y formas de sociabilidad que fortalecen el sentido de pertenencia a determinados grupos. Por ello, el mural no funciona solo como una imagen aislada, sino como parte de un entramado de prácticas culturales que atraviesan la experiencia diaria y configuran modos específicos de estar y reconocerse en la ciudad, especialmente en contextos donde la visibilidad pública no está garantizada.

Apropiación del espacio y creación comunitaria

Estas prácticas adquieren sentido en el territorio urbano, donde el espacio deja de ser un mero soporte para convertirse en parte activa de los procesos sociales y culturales que atraviesan las rutinas colectivas. La ubicación de los murales resulta clave dentro de los procesos de creación y recepción social, ya que una obra realizada en una colonia periférica, en una escuela o en el propio muro fronterizo cumple funciones distintas a las situadas en zonas céntricas o institucionalizadas de la ciudad.

Las acciones en colectividad y los proyectos de arte comunitario suelen desplegarse en una geografía más diversa, vinculada a barrios, espacios educativos o áreas de tránsito, donde el mural actúa como herramienta de cohesión social, memoria compartida o fortalecimiento del tejido vecinal. Al mismo tiempo, existen intervenciones de carácter individual en contextos periféricos, así como obras ubicadas en centros históricos o espacios visibles de la ciudad que cuentan con respaldo institucional o privado. En estos casos, la localización incide de manera directa en el impacto social de la obra, en los públicos que la reciben y en las funciones que llega a desempeñar dentro de la vida urbana.

Un ejemplo emblemático de reapropiación del espacio público desde el arte comunitario es la Casa de Artes y Oficios La Joyita, ubicada en la colonia Santa Clara de Mexicali.

Este espacio nació como parte de una iniciativa impulsada por la Asociación Civil El Arte Salva y Proyecto Calle 13, con el propósito de acercar el arte a los barrios y fomentar la participación social a través de la creatividad. Desde su fundación, La Joyita ha promovido el embellecimiento de colonias mediante actividades como limpieza comunitaria, reciclaje de materiales y la creación de murales en zonas próximas a la frontera.

Entre sus proyectos más destacados se encuentran las intervenciones artísticas en el muro fronterizo y las clases impartidas por artistas como Tolo Pardo, con becas parciales destinadas a las y los habitantes de la colonia.

De manera complementaria, colectivos como Las Calafias, formado por unas 35 mujeres muralistas de Mexicali, surgen para apoyarse mutuamente en un espacio donde el arte urbano ha sido históricamente dominado por hombres. El nombre del colectivo hace referencia a Calafia, la reina mítica guerrera de la Isla de California, personaje que aparece en la novela de caballería “Las sergas de Esplandián”, escrita en el siglo XVI por Garci Rodríguez de Montalvo.

En esta obra, Calafia gobierna una tierra habitada solo por mujeres fuertes, valientes y autónomas. Aunque ficticia, su figura ha sido retomada como símbolo de poder femenino y resistencia en el imaginario cultural de la región. Inspiradas en esta figura legendaria, las artistas de Las Calafias crearon una red de colaboración y aprendizaje, compartiendo técnicas y experiencias en un entorno seguro y libre de discriminación.

Hoy, sus murales embellecen a la ciudad y transmiten mensajes de fortaleza, identidad y pertenencia colectiva, reforzando el papel del mural como espacio de visibilidad y autoafirmación compartida en la frontera. El muro se convierte así en un espacio de encuentro y formación, donde el proceso colaborativo —desde la elección del tema hasta la ejecución del mural— construye memoria, fortalece a la comunidad y resignifica los espacios públicos. En ese proceso, no solo se activan vínculos sociales, sino también formas de reconocimiento identitario que encuentran en la imagen pública un lugar desde el cual hacerse visibles.

Visibilizar lo que no se ve

El arte urbano no solo refleja lo existente, sino que amplía los márgenes de lo perceptible. Frente a narrativas de miedo o exclusión, propone imágenes de dignidad, orgullo y esperanza. Al mostrar rostros morenos, cuerpos diversos, símbolos indígenas o lenguas olvidadas, cuestiona la supremacía de lo blanco, lo masculino y lo nacional.

Pintar una barda con el rostro de una mujer desaparecida, un mensaje en lengua nativa o un símbolo migrante es un acto de resistencia y reparación. Cada obra narra, genera sentido y da voz a quienes se han silenciado. Desde esta perspectiva, en ciudades fronterizas como Mexicali, marcadas por la movilidad y la desigualdad estructural, el arte urbano se consolida como una práctica vinculada a la construcción de identidades colectivas, pero también como una estrategia de enunciación. Frente a la

exclusión, la movilidad forzada y las disputas culturales, los muros se transforman en espacios de memoria, denuncia y creación comunitaria. Más allá de su dimensión estética, estas expresiones permiten recuperar relatos silenciados, fortalecer vínculos vecinales y afirmar la presencia de aquellas personas que históricamente han sido invisibilizadas. El arte urbano no solo decora calles: las habita con sentido, las resignifica y las llenan de vida.

Cada mural plantea preguntas abiertas: ¿quién tiene derecho a nombrar?, ¿quién a permanecer?, ¿quién a ser visto? Las respuestas no son únicas ni definitivas, pero siguen apareciendo cada día, con nuevos trazos, nuevas voces y nuevos colores. En ese gesto de pintar, escribir o intervenir el espacio público, se afirma una identidad que resiste, que recuerda y que transforma el modo de habitar en la frontera.

Referencias:

- Giménez, Gilberto. (1999). Territorio, cultura e identidades. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, V(9), 25-57.
- Giménez, Gilberto. (2009). Cultura, identidad y memoria. *Frontera Norte*, 21(41), 7-32.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2014). Side to side: Identidades juveniles (trans)fronterizas. En J. M. Valenzuela Arce (Coord.), *Tropeles juveniles. Culturas e identidades* (trans)fronterizas (pp. 15-40). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.